



Capítulo 439: Mundo interior caótico

La habitación estaba en silencio, a excepción del sonido agudo de las herramientas de Pandora analizando el cuerpo de Virgilio. Cristales flotaban a su alrededor, escaneando su constitución mágica y espiritual con luces que oscilaban entre tonos de azul y dorado. Vergil mantuvo los ojos cerrados, sentado en posición de loto en un círculo de análisis mágico, absorbiendo silenciosamente cada palabra de la conversación que tenía lugar a kilómetros de distancia entre sus esposas. La falsa sombra, ahora rota, le dejó un sabor amargo en la boca.

"Vergil," Pandora llamó en tono serio. "Esto... todo esto está mal."

Sus ojos se abrieron lentamente, un brillo púrpura rojizo cruzó sus iris antes de desaparecer.

"¿Incorrecto cómo?" preguntó, con una voz tan firme como un trueno lejano.

Pandora se acercó con las manos en las caderas y una expresión entre conmoción y exasperación.

"¿Cómo es que todavía estás... completo? Tienes demasiado dentro de ti. Magia Demoníaca, mago de la muerte, aura espiritual, maná celestial y ahora... esto."

Señaló con la barbilla el centro del pecho de Virgilio, donde una luz dorada pulsaba débilmente, como un sol en miniatura tratando de contenerse dentro de una carcasa de acero.



"Sácalo. Ahora. Esa cosa divina de tu cuerpo. No debería estar allí. Ni siquiera por un segundo."

Vergil miró a Pandora en silencio por un momento. Su mirada estaba pesada, no de ira, sino de siglos de decisiones difíciles acumuladas detrás de cada gesto. Finalmente, dejó escapar un suspiro contenido y se llevó la mano al pecho. Un gesto ceremonial lento. Luego tiró.

La luz se rompió en mil reflejos. Y de la grieta en su carne, retiró con calma el Excalibur Reforjado —una espada que parecía haber sido forjada no en una forja, sino en juicio.

Pandora dio un paso atrás. Sus ojos se abrieron. "Pero... pero *¿cómo estás vivo?*"

Virgilio apoyó la espada a su lado como si fuera parte de su cuerpo, no un arma. Miró a Pandora con la serenidad de alguien que había visto la muerte muchas veces.

"Mi alma es fuerte, mi cuerpo también. Y ésta es un arma del alma," dijo simplemente.

Pandora dudó. Sintió que su propio aliento flaqueaba por un momento. Había algo en Virgilio que siempre había sido denso—pero esto... esto estaba más allá de toda comprensión.

"Está bien... entonces terminemos con esto de una vez", murmuró, tratando de mantener la compostura.

Chasqueó los dedos y se formó un sello dorado en su ojo izquierdo mientras activaba la misma magia que había usado para ver el alma de Alice.



"Sólo quiero... comprobar cómo tu alma afronta los efectos secundarios. Dolerá un poco, pero—"

Ella se quedó congelada.

El mundo que la rodeaba se hizo añicos. El suelo de la realidad se desmoronó bajo sus pies. Y entonces, como un rayo cayendo en un océano prohibido, Pandora cayó.

No me gusta un sueño.

En una conciencia.

En el mundo interior de Virgilio.

Un cielo tan rojo como sangre recién derramada cubría el horizonte. Nubes negras se arremolinaban lentamente sobre un vasto e interminable campo de lirios araña rojos. Flores de la muerte. Flores que florecieron en ausencia. Flores que contaban historias de separación y sufrimiento.

El aire era espeso y cada respiración dolía como brasas. Pero el silencio... era absoluto.

Pandora se tambaleó en medio de ese campo. El viento soplaba suavemente, pero cada respiración transportaba fragmentos de recuerdos, voces que lloraban, reían, gritaban y morían.

"¿Qué es esto...?" ella susurró.



Y entonces ella vio.

Los dos.

Dos majestuosas siluetas atravesaron el cielo. Dragones. No, más que eso. Emperatrices. Criaturas de poder ancestral e incomprendible, sus cuerpos inmensos como montañas, alas que cubrían el firmamento y ojos que brillaban con inteligencia pura y salvaje.

Uno de ellos estaba envuelto en llamas negras, cuya forma estaba definida por crestas y escamas de hueso que brillaban como obsidiana líquida. El otro, envuelto en una niebla dorada, irradiaba una luz que ardía pero no dolía. Juntos volaron en círculos sobre el campo de lirios, protegiéndolo. Dominándolo.

Pandora cayó de rodillas, jadeando. No era sólo su poder—era lo que representaban. Eran parte de Virgilio. Eran fragmentos de su alma. Guardianes. Jueces. Culpable.

La voz resonó como el trueno.

"No deberías estar aquí." Virgilio habló, apareciendo a su lado, "Especialmente cuando hay algo que no deberías ver, pequeña Pandora"

Pandora no podía hablar. Las lágrimas brotaron de sus ojos. No por tristeza. Pero por miedo. Miedo puro e instintivo, como el de un ser mortal que se enfrenta al nacimiento del mundo. El aura de esos dos dragones luchadores la hizo sentir miedo.

"Virgilio... ¿es eso... es eso lo que hay dentro de ti?" El hombre inclinó la cabeza y sonrió —no con arrogancia, sino con cansancio.



"Querías verlo. Ahora lo tienes."

"Eso no es un alma", susurró. "Ese es un campo de batalla entre deidades."

"Lo sé, pero no fue realmente mi elección, si quieres saberlo." Él se rió y le acarició la cabeza. "Nivara puede atacarte. Volvamos atrás." Habló y apartó a la niña.

El toque de Virgilio era ligero, pero conllevaría un mandato que trascendía el lenguaje. Tan pronto como sus dedos tocaron la cabeza de Pandora, el mundo comenzó a desmoronarse como cenizas arrastradas por el viento. El cielo carmesí se partió, las nubes negras desaparecieron como humo y el campo de lirios araña fue envuelto por una cálida luz blanca —no divina, sino algo mucho más antiguo, más primitivo.

Pandora sintió que la presión salía de sus pulmones, como si estuviera emergiendo de una inmersión profunda y prohibida.

Ella jadeó fuerte al despertarse y su cuerpo se encogió involuntariamente. Estaba acostada en el frío suelo del laboratorio, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho como si quisiera escapar. Los cristales que la rodeaban parpadeaban caóticamente, incapaces de decodificar lo que habían presenciado. Parte del círculo mágico fue borrado, como si la magia misma se negara a trabajar frente a él.

Virgilio estaba allí.

Calmo.

Sereno.



Mirándola con esa mirada antigua, que parecía pesar milenios. El Excalibur Reforjado todavía descansaba junto a su rodilla, inmóvil, pero pulsando como un corazón dormido.

"Respira," dijo simplemente, con la voz baja y sin prisas. "Volviste rápidamente."

Pandora tragó fuerte, con los ojos todavía abiertos. La imagen de aquellas dos emperatrices dracónicas quedó grabada en su mente como un tatuaje hecho con fuego. Se sentó lentamente, con los dedos temblando mientras buscaba cierta sensación de normalidad.

"Ese...ese lugar..." susurró. "¿Llevas eso contigo... todo el tiempo?"

Vergil no respondió de inmediato. Él simplemente miró al suelo frente a él, como si estuviera reflexionando sobre la respuesta, o tal vez preguntándose si ella realmente necesitaba saberlo.

"Se podría decir que."

Pandora cerró los ojos, tratando de alejar la sensación asfixiante de ese mundo interior.

"Eso no es mortal, Virgilio. Ni siquiera un demonio podría mantener eso vivo."

"Yo tampoco lo soy", respondió. "Soy lo que queda cuando ambos murieron."



Pandora respiró profundamente, tratando de recuperar la concentración. Ella necesitaba hablar, necesitaba entender, necesitaba grabar... pero entonces su mirada cayó sobre ella de manera diferente. Más serio. Más directo.

"Nadie puede saberlo", dijo.

"Ce?"

"Lo que viste. Ese mundo, esas entidades. Todo. Muere contigo."

Los ojos de Pandora se abrieron.

"Pero... iesto es conocimiento! ¡Es puro poder! Es historia viva, Virgilio. Tienes dos entidades antiguas que parecen ser parte de tu alma—o peor aún, iatrapadas en ella! Esta podría ser la clave para entender..."

"Pandora," la cortó firmemente.

Ella se quedó en silencio inmediatamente. "Has visto lo suficiente para comprender el peligro."